

El
LIBRO MÁGICO
de los
NIÑOS VALIENTES

El libro mágico de los niños valientes

© Gisela Gilges, 2026

Derechos exclusivos mundiales de edición en todas las lenguas

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2026

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerencia editorial: Marina von der Pahlen

Edición: Marina Fucito

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

1ª edición: marzo 2026

ISBN 978-950-02-1735-4

Impreso en Talleres Trama,

Pasaje Garro 3160, CABA,

en marzo de 2026.

Tirada: 6.000 ejemplares

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Gilges, Gisela

El libro mágico de los niños valientes / Gisela Gilges ; Ilustrado por María

Alejandra Clutterbuck. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :

El Ateneo, 2026.

96 p. : il. ; 24 x 17 cm.

ISBN 978-950-02-1735-4

I. Literatura Infantil. 2. Desarrollo Emocional. I. Clutterbuck, María
Alejandra, ilus. II. Título.

CDD A860

Los consejos dados por la autora en este libro son recomendaciones abiertas y generalizadas. De ningún modo reemplazan o pretenden reemplazar el asesoramiento o consejo profesional especializado y personalizado en la materia. Consulte con su profesional especializado y personalizado antes de poner en práctica cualquier sugerencia y/o consejo que la autora pueda indicar en el presente libro. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de los consejos, sugerencias o prácticas que puedan ser propuestas por la autora en el presente libro.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n.º 11.723).

Gisela Gilges El LIBRO MÁGICO de los NIÑOS VALIENTES

5 historias para ganarles a los miedos



Ilustrado por Alejandra Clutterbuck

 *Editorial El Ateneo*



El día que llegó Simón

En el patio del colegio había un rincón secreto detrás del árbol de moras, con vista a la canchita. No iba casi nadie, así que se había vuelto el lugar de encuentros de los MILE: Mía, Isa, Lulú y Edu.

Eran amigos desde jardín, muchos más años de amistad que los que caben en los dedos de una mano. Incluso tenían códigos secretos que solo ellos entendían. Cuando uno decía “Tengo ganas de un chocolate” quería decir *te quiero contar algo*; tocarse la oreja izquierda significaba *hoy no juego*; “Tres, dos, uno... ¡ya!”, *risas sin motivo por 5 segundos*.



Todos eran distintos, pero encajaban perfecto
como las piezas de un rompecabezas; por eso eran
tan amigos.



Isa era la conciliadora, la de los “sí” para evitar peleas y la más sensible. Le encantaba pintar. Lulú tenía espíritu de capitana: daba órdenes, proponía juegos divertidos y otros no tanto, controlaba a todos, era la mejor alumna y también la más ruidosa. Edu miraba más de lo que hablaba, escribía y pateaba con la zurda, tocaba la guitarra desde chiquito, era un apasionado del ajedrez y sabía hacer trucos con una moneda porque decía que de grande iba a ser mago. Mía era suave, bailaba muy bien (aunque sola en su habitación) y la voz le temblaba si muchas caras la miraban.



Un lunes, sonó el timbre del recreo que lo cambió todo.

Riiing.

Llegó Simón, el nuevo.

Simón llevaba una mochila negra y amarillo flúor, los cordones desatados y un peinado que ninguno en ese colegio tenía. Era nuevo y ya llamaba la atención por eso, pero su estilo lo aumentaba. No miraba a nadie, por vergüenza.

La maestra lo acompañó hasta el frente.

—Chicos, les presento a Simón. Se acaba de mudar al barrio.

Él levantó una mano para saludar, pero se quedó a mitad de camino. Silencio total. Simón parecía buscar un lugar donde esconderse.

—Puedes sentarte con Lulú, que seguro va a estar contenta de ayudarte con todo —dijo la seño, segura.



Lulú se acomodó el pelo, sonrió de costado y movió el brazo con un gesto ensayado, como quien recibe un trofeo. Pero en el mismo instante, un papel doblado que Simón llevaba en el bolsillo se cayó al piso. Nadie se movió... excepto Mía, que lo levantó despacito y se lo alcanzó.

—Se te cayó —se lo extendió, casi sin voz.

Él la miró sorprendido: era el dibujo de un zombi muy gracioso.

—¿Dibujas? —preguntó Mía, con curiosidad sincera.

—Sí —respondió él, sin animarse a preguntarle si ella también dibujaba.

—¡Yo también! Siempre —sonrió ella.



Entonces la seño repitió:

—Simón, ¿te sientas con Lulú?

Él dudó. Miró el dibujo, miró a Mía, que seguía sonriendo como si no tuviera prisa por nada, y resolvió con timidez:

—¿Puedo sentarme con ella?

Un murmullo corrió entre los bancos.

—¿Con Mía? —susurró alguien.

—Mía es revaronera —se burló otro.

La maestra los cortó con una mirada firme.

—Por supuesto, Mía también te puede acompañar, es muy amable. Y eso vale mucho —agregó mirando con reproche al grupito que se burlaba.



Lulú bajó el brazo despacio. Se concentró en su cuaderno y apretó tan fuerte el lápiz que lo quebró sin darse cuenta. No entendía qué había pasado, pero algo dentro de ella se movió, incómodo, como si una ficha hubiera cambiado de lugar.

—Yo dibujo mariposas —continuó Mía cuando Simón se sentó a su lado.

—¿En serio? —los ojos de Simón brillaron—, ¿y alguna vez dibujaste zombis?, ¡yo te puedo enseñar!

—Mía... —interrumpió la voz de Lulú—. En el recreo, vamos al rincón secreto. Tengo ganas de un chocolate.

Era el código. El código más importante. Algo había enojado a la capitana. Mía sintió un tirón en el estómago. Miró a Lulú, que la esperaba con los brazos en jarra.



—¿Podemos ir a la salida del cole? Es que en el recreo le quiero mostrar el patio a Simón.

Simón empezó a guardar su dibujo.

—No pasa nada. Yo me quedo.

Lulú no podía creer que Mía todavía dudara.

—Perfecto —dijo, dándose media vuelta. Arrastró a Isa y Edu con ella. El grupo MILE, por primera vez, estaba incompleto.

—Perdón —dijo Simón, sin saber bien por qué se tenía que disculpar.

—No es tu culpa —respondió Mía.

A la salida, mientras guardaban sus cosas, descubrió lo más increíble de todo.

—Yo vivo en la calle frente a la plaza —contó Simón—. En la casa nueva del portón verde.

—¡No! —se rio Mía—. ¡Yo vivo justo al lado! ¡La del portón azul!

Se rieron por la coincidencia. Mía reunió todo el coraje que tenía.

—¿Quieres que le pregunte a mi mamá si puedes venir a jugar a casa? Siempre quise tener un amigo vecino.



Simón volvió a decir que sí con la cabeza, esta vez con una sonrisa gigante que le desató los cordones de la timidez. A lo lejos, Lulú los miraba desde la puerta, enojada.

Esa tarde, en el rincón de moras, Lulú llamó a Isa y a Edu. No dijo “tengo ganas de un chocolate”. Dijo directo:

—Mía nos cambió por el nuevo. Mañana, ley del hielo: no le hablamos.

Edu hizo *ting* con la moneda sin mirarla. Isa se tocó la oreja izquierda casi sin darse cuenta de lo que significaba, fue instintivo.

—¿Estamos? —insistió Lulú.

Nadie respondió. El silencio era suficiente para la mirada desafiante de una capitana que nadie se iba a animar a contradecir.



A la mañana siguiente, Lulú llegó con paso firme y la cara con el ceño fruncido, no iba a perdonar nada. Edu, en cambio, estaba un poco más relajado, jugaba con su moneda mágica como todas las mañanas. Para Isa el día iba a ser duro, ya a la mañana le había dolido la panza. Mía, sin embargo, estaba feliz: tenía un nuevo amigo, así que llegó con una sonrisa.

—Plan —susurró Lulú.

Mía, sin saber nada, se acercó al grupo al grito de:

—¡Buen día, MILE!

El saludo quedó colgado en el aire porque Lulú se dio vuelta como para irse, pero volvió: tomó con fuerza de la mano a Edu e Isa y se los llevó. Mía no entendió nada, pero ahí empezó todo.

